

cés busca poner de manifiesto la autonomía de su realidad circundante. La necesidad extrema, para él, de diseñar su propio bisturí y poder diseccionar, en la atmósfera de sus personajes, los acontecimientos aislados dentro de una óptica más compleja. A través de una historia de ausencia de amor, lo que se configura es el cambio súbito de un pueblo que pierde su realidad espiritual, su pasado, y se torna en una ciudad desamparada, con nuevos mitos. Una ciudad en donde, invirtiendo la fórmula durreliana, no existe un mundo porque no hay habitante al cual amar. No es gratuito que el narrador se torne incapaz de "reconstruir piedra por piedra", como lo hace Darley en *Justine* con su amada ciudad, su "capital del recuerdo", su amadísima Alejandría.

Para penetrar esta realidad de la cual desconfía, el narrador se interna en el ámbito virgen de veintitantas madrugadas; se sobrepondrá, en sus recuerdos, a la muerte de los que supuestamente eran sus seres queridos. Ante la muerte de Belysa, su tercera mujer, afirma:

Durante un invierno inclemente, hace más o menos veinticinco años, un ataque de asma le paralizó el corazón. Y cumpliendo el consejo de Henry James de que en caso de morir hay que morir por completo y tan absolutamente como sea posible, ella, a los seis meses, era en mí una vaga memoria, una figura rumbo a la penumbra.

Indagará el autor en torno a la miseria humana, sobre el engaño a sí mismo. Por eso, la narración está plagada de expresiones de angustia, de nostalgia, de ironías sutiles.

¿Acaso es plata? Ustedes siempre andan con muchas palabras en la boca, pero con escasa moneda en los bolsillos. Eso del periodismo no florece aquí. La poesía sí que menos. Vienes donde la práctica Celia. Donde la activa Celia. La audaz Celia. La... inteligente Celia. Cuando vas a poner

tu ventica de versos. Versos al por mayor y al detal. Si usted compra más de un centenar, su descuentico respectivo.

Otras veces son discursos de confección impecable e implacable, como el terrible dinamismo del discurso que elabora Celia, quien sirve de puente para que el periodista-narrador se conozca con Támara, con quien compartirá emociones hasta la separación definitiva:

La realidad de la cabeza sucumbe frente a la realidad de la puerta. ¿No siempre? Me gusta que digas eso, Támara. Por lo menos demuestra que la lluvia empieza a perder importancia. Sí ya se sabe, en la vida va la muerte, y en la muerte va la vida. Si las circunstancias le son favorables, la realidad de la cabeza puede hacer añicos a la realidad de la puerta.

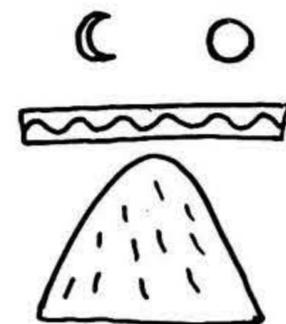
Las reflexiones constantes del narrador son semejantes a las de Camus en *El hombre rebelde*: "Cuando el asesino y la víctima hayan desaparecido la comunidad se reconstruirá sin ellos". Por su parte, Garcés expresa:

Tal vez en los próximos tiempos, hombres de otra textura, formados en una sociedad que haya extirpado la posibilidad de ser víctima o verdugo, no tendrán la necesidad de vincularse a los residuos del secreto para mantener la ficción de un amor exiguo.

El narrador establecerá por medio de los negros, personajes aparentemente anodinos, los hilos que imponen y mueven la máscara. Ellos, saturados de generosidad y bondad, océanos de nostalgia y soledad, aportan el título a la obra y permiten mirar el desarrollo de la máscara real y en permanente derrota cuando, por medio de la conciencia social, se desmitifica el amor que permiten las ideologías. La sola palabra *amor*, en nuestros días, según Barthes, es considerada obscena. Los personajes, en *Los extraños traen mala suerte*, bus-

can el amor aún allí donde saben que no está. Se configura "un pueblo de historia oculta, de pasado amplio y de presente estrecho", al decir de Garcés. El reencuentro pesimista con la verdad, pero verdad en últimas. Por ello, en el alba del discurso, se pregunta: "¿Sabe usted que todos venimos a la vida antes que con un rostro, con una máscara?"

CLÍMACO PÉREZ CAMARGO



Treinta y cuatro páginas de arqueología literaria

Camilo

Jorge Isaacs

Editorial Incunables, Bogotá, 1984,
34 pgs.

Esta novela inconclusa, *Camilo*, la empezó a escribir Jorge Isaacs en 1893, cuando se estableció en Ibagué. Su propósito era el de redactar dos novelas históricas sobre el Valle del Cauca: *Fania* y *Camilo*. Esta última tenía segundo nombre (¿o sobrenombre?): *Alma negra*.

En los seis capítulos, todos muy cortos, que se conocen de *Camilo* no puede decirse que se le encuentre la negrura del alma. Ni la blancura tampoco, ya que este personaje cuyo nombre sirve de título a la proyectada novela apenas aparece en una conversación en la página 31, para hacerse presente en la que sigue. Y el texto publicado se acaba en la 34, sin que *Camilo* haga nada distinto de saludar y entregar una guagua que cazó para el almuerzo de su padrino don Lubín. Y ofrecer otro regalo: "unos azulejos chochones, porque si no se mueren de tristeza".

